

vasta península; y se muestra muy admirado de la instrucción de los habitantes del Omán, asegurando que no sería difícil hallar en el Nedjed individuos tan aptos como los ingleses para construir máquinas, ó trazar ferrocarriles. Además es sabido que hay en el Yemen dos universidades, la de Zebid y la de Damar, que aunque no tengan la importancia de la antigua y célebre del Cairo, contribuyen, como esta última, á difundir una instrucción sólida entre las clases ilustradas del país.



Aguador de Tánger. — De fotografía

Estamos hoy habituados á juzgar de los Arabes por las tristes muestras que de ellos vemos en Siria, Egipto y Argel: gente envilecida por toda suerte de mezclas y servidumbres; pero es bien evidente que se necesita ir á la misma cuna del pueblo Arabe, para estudiarlo, y tener de él una idea exacta. El autor, á quien ahora mismo citaba, ha vivido largo tiempo entre ellos, y después de tenerlos por una de las más nobles razas de la tierra, añade:

«He dicho una de «las más nobles razas de la tierra;» y en efecto, los Arabes de las ciudades merecen este elogio, pues como he viajado mucho, y he tenido frecuentes relaciones con pueblos tan diferentes como Africanos, Asiáticos y Europeos, muy pocos me parecen dignos de descollar sobre los habitantes de la Arabia central. Sin embargo, estos últimos hablan la misma lengua que los nómadas del desierto, y la misma

sangre corre por las venas de ambos grupos. Pero ¡qué distancia del uno al otro!»

Hicimos notar más arriba que los Arabes sedentarios tienen, lo mismo también que los pueblos civilizados, diferencias considerables de país á país. Esas diferencias se hallan ya en Arabia; pues en esa misma provincia del Nedjed, bien que verdaderamente más grande que muchos Estados Europeos, existen diferencias tan profundas, entre los Arabes, que no son mayores las que separan al habitante del Norte de Europa del habitante del Mediodía. Los Wahabitas, por ejemplo, han de tener un carácter muy diferente del que se atribuye á la mayor parte de los Arabes; pues parece que son enérgicos; que no ceden al primer impulso; que están dotados de mucho disimulo, y sobre todo que son muy envidiosos. Hé aquí cómo los describe Palgrave:

«Los Wahabitas, gente menos generosa, menos pronta á abrazar empresas difíciles, menos alegre y franca que los demás Arabes, son en cambio más perseverantes y prudentes que estos; raras veces manifiestan con palabras sus secretos sentimientos; pero tienen firmeza en sus proyectos, son terribles en sus venganzas, enemigos implacables, y amigos dudosos para quien no sea compatriota suyo; pudiendo decirse de ellos, sin ofensa de nadie y con la correspondiente reserva, que vienen á ser una especie de Escoceses de la península. La expresión de su fisonomía reservada, dura, y hasta sombría, contrasta de un modo extraño con la de los Arabes del Norte. No obedecen á la impresión del momento, sino que siguen un sistema trazado de antemano; y aunque tengan poca inteligencia, están dotados de una voluntad firme y perseverante, que les hace capaces de organizar poderosamente su estado social, y llegar á ser para sus vecinos unos señores tiránicos. Finalmente su estrecha unión ha de asegurar su triunfo sobre enemigos debilitados por divisiones incesantes. Así es que el imperio Wahabita tiende á absorber la mayor parte de la península, y quizás sus sueños de ambición se realicen mucho ántes de lo que nadie se figura.

»Su carácter se refleja en los menores actos de su vida doméstica; y cuando se habla con ellos, conviene no perder de vista sus gestos, ni dejar de prestar atención á su acento, como se haría con un enemigo.»

*Arabes de Siria.*—Como los Arabes de la Arabia, los de la Siria se dividen en nómadas y sedentarios, siendo los primeros, habitantes del

desierto, y morando los segundos en las ciudades.

Lo mismo que todos los nómadas, los Arabes de la Siria no han tenido que sufrir mucho de las diferentes dominaciones que cayeron sobre el país; y viven hoy, según vivían há 3,000 años, del producto de sus rebaños y del saqueo. Excepto las ciudades, el país les pertenece de hecho;

pues más allá del Jordán y hasta á las mismas puertas de Damasco, atacan á los viajeros y á las caravanas que no han pagado rescate para hacerse escoltar y atravesar su territorio. Además poseen aquel doble carácter de rapacidad y generosidad que ya hemos indicado, y el forastero á quien han concedido hospitalidad es siempre para ellos sagrado.



Arabes nómadas del desierto de Siria. — De fotografía

Nada ha podido obligar á los Arabes de Siria á renunciar la vida nómada que llevan desde tantos siglos atrás; pues siempre han desdeñado las concesiones territoriales, negándose á todo trabajo agrícola.

Además de los Arabes del desierto ó Beduinos, que profesan la religión de Mahoma, hay en Siria tribus que siguen cultos bastante diferentes; las cuales separadas por sus creencias religiosas y no cruzándose las de cada culto sino entre sí mismas, han acabado por adquirir caracteres particulares, que permiten distinguirlas fácilmente. Las más importantes son las de los Metualis, de los Ansariés, los Maronitas y los Drusos.

Los Metualis son unas tribus de Arabes mon-

tañeses, que viven muy aislados; pertenecen á la secta mahometana de los chiitas, y son muy intolerantes; de modo que nunca se avienen á comer en compañía de los forasteros. Se supone que son unas antiguas tribus Kurdas, pero tienen caracteres complejos, correspondientes á la vez á los Mogoles, Arabes y Persas.

Los Ansariés se componen igualmente de tribus montañosas, que siguen una religión derivada del islamismo, pero que difiere sensiblemente de la fundamental; pues se asegura que creen en la meteméncosis, adoran el sol y la luna, etc., etc.

Por más que los Maronitas se parezcan á los Sirios, tienen una personalidad distinta, formando una secta cristiana vanidosa y penden-



ciera, que en diferentes circunstancias ha distado mucho de manifestar gran valor.

Los Drusos se parecen á los nómadas del desierto, y componen una secta mahometana altiva é independiente, que desde muchos siglos vive separada de los Arabes y de los Sirios; son valientes y temibles, y tienen gran enemistad con los Maronitas del Líbano.

En cuanto á los habitantes de las ciudades y aldeas de la Siria, forman un tipo mezclado donde han entrado todos los pueblos, como Fenicios, Egipcios, Judíos, Babilonios, Persas, Griegos, Romanos, Arabes, Mogoles, Circasianos, Cruzados, Turcos, etc., que ocuparon poco ó mucho la comarca. Por consiguiente el viajero no ha de sorprenderse de hallar allí los tipos más variados.

Los Sirios de las ciudades son generalmente bastante inteligentes, pero flexibles, astutos y pérfidos. Eran ya poco estimados en tiempo de los Romanos, quienes los calificaban de raza nacida para la esclavitud. Resignados á todas las dominaciones que han caído sobre ellos, no han conservado nunca energía sino para las disputas religiosas, pues muestran una gran conformidad en todo lo que no se refiere á estas materias, acatando del modo más sumiso á cualquier poder que se parezca á una autoridad. Esa sumisión y resignación son mucho más grandes de lo que un europeo llegaría á imaginar, y tan sólo daré idea de ellas contando un suceso que refirió á Mr. Vogüé un europeo que se hallaba en Siria, cuando tuvo lugar la represión de los degüellos de 1861.

«Un oficial instructor europeo, que estaba al servicio de Turquía, nos contó lo siguiente, de lo cual había sido testigo ocular. Uno de los numerosos verdugos que en aquellos momentos funcionaban, estaba á punto de terminar las ejecuciones del día cuando observó que el clavo (de la horca) estaba colocado demasiado alto, y que la silla era demasiado baja para alcanzarlo. Pasaba entonces por aquel sitio un viejo musulmán en un asno llevando un cuarto de carnero; y el verdugo le hizo señas de detenerse. El anciano obedece, baja del asno y le presenta el cuello con resignación, creyendo llegada su última hora. Pero al ver el verdugo su error, le dió á entender que no le pedía su cabeza, sino el asno. En seguida cogiendo al animal, coloca en él al paciente, le pone la cuerda al cuello, y da de latigazos al asno, que se pone en marcha, dejando ahorcado al improvisado jinete. Alegre el viejo musulmán de salir tan bien librado, recoge

su cuarto de carnero, vuelve á montar en su asno, y parte al galope.»

Pero repito que esta resignación no existe sino por lo que está fuera de las cuestiones religiosas, pues no ha dejado de reinar la más profunda tranquilidad en Damasco durante las últimas turbulencias de Egipto, y con frecuencia he admirado la facilidad con que grupos enteros de habitantes se dejaban empujar violentamente y hasta pegar por un soldado raso que procuraba abrir paso á un personaje cualquiera, el cual frecuentemente no era más que un simple viajero. Sin embargo, muchas veces he oído decir tanto en Damasco como en Jerusalén que el menor triunfo de Arabi hubiera sido la señal de una matanza general de todos los cristianos de Siria. Verdad es que estos son de una pusilanimidad que sonroja de veras; pues en 1861 se dejaron degollar como carneros, sin ni siquiera hacer una tentativa de defensa, y hubiera sucedido exactamente lo mismo en 1882, si llegan á empezar de nuevo las matanzas que todos temían.

*Arabes de Egipto.*—Los Arabes actuales de Egipto son producto del cruzamiento de las poblaciones indígenas con los Arabes que invadieron el país en 640, al mando de Amru; y aunque sean árabes por la lengua y la religión, no lo son ya por la sangre. En efecto, según las leyes antropológicas más arriba citadas, el elemento conquistador quedó luego anegado en el elemento conquistado, por un lado más numeroso, y por otro mejor adaptado al temible clima de Egipto. Los elementos intermedios desaparecieron muy luego, y hoy, á pesar de la lengua y de la religión, el árabe sedentario de Egipto es en realidad el hijo de los antiguos Egipcios del tiempo de las pirámides, como así lo revelan sus anchos hombros, su rostro de labios gruesos y juanetes pronunciados, y sobre todo su parecido con las figuras grabadas en los antiguos monumentos.

Los Arabes sedentarios de las orillas del Nilo no son tan sólo descendientes de los antiguos egipcios por la fisonomía, sino que también han heredado su carácter, formando una población de una afabilidad y cortesía extremadas; la cual, aunque se muestra resignada desde hace tiempo con todas las servidumbres, teme á todos los señores, particularmente á los europeos. Cuando en el Cairo se decía que el Alto Egipto estaba completamente sublevado, y los diarios no hablaban más que de matanzas, he podido circular completamente solo por entre los ha-

bitantes de las principales villas de las márgenes del Nilo, sin ser nunca molestado.

El fellah casi no tiene necesidades, bastándole lo estrictamente necesario, para considerarse completamente feliz. El fellah vive sin cuidado del porvenir, y sin la menor noción del tiempo y de las distancias. Cuando se le pide un dato preciso sobre cosas de las cuales debiera poseer una experiencia de muchos siglos, su respuesta invariable es: «No lo sé.» El fellah ignora cuánto tiempo se necesita para ir de una población á otra, la distancia que las separa, y no tiene ningún interés en averiguarlo.

También hallamos entre los Arabes de Egipto la distinción fundamental de sedentarios y nómadas, tal como la hemos consignado en Arabia y Siria. Pero en Egipto la distinción es más profunda todavía que en las demás regiones, por implicar no sólo una diferencia completa de vida, sino también una diferencia de raza. En efecto, si el árabe de las ciudades ha acabado por trasformarse en egipcio á consecuencia de los cruzamientos, no ocurre lo mismo con los nómadas, quienes, á consecuencia de su género de vida, no han podido mezclarse sino entre sí, y han de representar bastante bien, con su nariz algo aguilena, sus labios delgados, su rostro oval alargado y sus ojos ardientes, al tipo árabe de los nómadas del tiempo de Mahoma.

Son estos los únicos guerreros temibles de Egipto, y los únicos á quienes los ingleses hubieran debido tener en cuenta en su reciente campaña, si, como nos lo han repetido muchas veces en el país, no se hubiese antes comprado su neutralidad á alto precio.

Los Arabes nómadas de Egipto plantan sus tiendas en los desiertos arenosos que se hallan á lo largo del Nilo, á corta distancia de sus orillas; temen poco á las autoridades, y no entran en relaciones con los fellahs agricultores, á los cuales tienen grande antipatía.

La existencia de estos nómadas es idéntica á la de los demás árabes del desierto, por conservar bajo todos los climas el árabe nómada su propio carácter natural.

Además de los Arabes, la población de Egipto consta de elementos muy diferentes, como turcos, coptos, sirios, negros, griegos, europeos, etc., etc.; los cuales apenas se cruzan con el elemento fellah. Por otra parte aquel clima es tan mortífero para el extranjero, que no se ha dado todavía el caso de uno de estos, incluso

los turcos, que haya podido reproducirse más allá de dos generaciones; siendo los Arabes el único pueblo extranjero que ha llegado á dejar raza en Egipto.

Entre los pueblos de Egipto que acabo de mentar los coptos merecen una mención especial, porque si verdaderamente no se les puede considerar como descendientes puros de los antiguos egipcios, entre ellos se encuentra sobre todo más individuos que se parecen á las figuras de los antiguos sepulcros. Los coptos siguen la religión cristiana y no se han cruzado nunca con los árabes. Viven sobre todo en el Alto Egipto, particularmente en algunas ciudades y villas como Syut; y su lengua es muy análoga á la de los antiguos egipcios; por cuya razón Champollión se sirvió de su estudio para llegar á interpretar los jeroglíficos. Aunque se asegura en muchos libros que ya hoy no se habla la lengua copta, yo he oído muchas veces á los coptos hablarla entre ellos; y puedo añadir que consta de varios dialectos, y que los coptos la escriben ahora sirviéndose del alfabeto griego.

Se evalúa generalmente en 200,000, todo lo más, los coptos que hoy existen en Egipto; bien que muchos de estos me han afirmado que su número pasa de 500,000; y el triste cuadro que se traza de su carácter no me parece muy fundado. Lo que puedo asegurar es que su instrucción es muy superior á la de los Arabes actuales, particularmente los turcos; y aunque su religión les impide llegar á ocupar empleos importantes, desempeñan en las administraciones aquellos cargos que requieren más inteligencia y laboriosidad.

En cuanto á los turcos, á pesar de que han reemplazado á los árabes en Egipto, han carecido siempre de toda influencia, y como hoy sólo son unos 20,000, componen una aristocracia que no se cruza con los habitantes.

*Arabes del Africa.*—Exceptuando Egipto, que generalmente se considera como parte de Oriente, todo el Norte de Africa está ocupado por poblaciones, si no de sangre, de religión árabe; las cuales en algunos puntos se extienden más allá del Ecuador. Constan de berberiscos, de árabes y de negros más ó menos mezclados; siendo sobre todo Marruecos el punto donde la mezcla de sangre negra me ha sorprendido más, pues aumenta á medida que se baja hacia el Ecuador.

Los berberiscos de Africa forman una población muy diferente de los Arabes, pero como nos proponemos estudiarlos detalladamente en